



Aparece un artículo sobre un tema interesante. Alusiones, citas a mitad, palabras técnicas, tesis y antítesis.

Normalmente, los especialistas comprenden en seguida de qué se trata, cuál sea el estado de la cuestión, qué defiende el articulista.

Los no especialistas se pierden entre alusiones, nombres pocos conocidos, frases complicadas, y un estilo que no aclara, sino que oscurece.

Es cierto que un escritor escoge a qué público quiere hablar. Por eso un trabajo científico se dirige, muchas veces, a lectores competentes que seguramente entenderán mucho (a veces no todo) de lo que se dice.

Pero también es cierto que muchas personas leerían con gusto trabajos divulgativos donde se supere el lenguaje críptico del especialista y se digan las cosas de modo sencillo y asequible.

En un mundo donde las ciencias se especializan hasta límites insospechados, la gente desea síntesis bien elaboradas y textos comprensibles, capaces de ser leídos por un gran número de personas de cultura media.

Por eso, superar el complejo del especialista, el deseo de hablar con fórmulas y términos que solo algunos conocen, hará posible que más personas entiendan temas centrales sobre los que se juega el presente y el futuro de la humanidad.

Ello no significa perder calidad ni promover posiciones demagógicas, en las que por buscar lo divulgativo se llega a tratar de manera inadecuada argumentos serios.

No es fácil conjugar rigor y claridad, especialización y acercamiento al gran público. Pero tampoco es imposible, sobre todo cuando tantos debates se llevarían adelante con mejores resultados si hubiese más especialistas claros y asequibles.